LA CAJA DE PANDORA,

COMEDIA EN TRES ACTOS,

ORIGINAL DE

D. FERNANDO MARTINEZ PEDROSA.

MADRID.
EL TEATRO, GALERÍA DRAMÁTICA.
Pez, 40, 2.°
1872.

ADICION AL CATÁLOGO DE 1.° DE JULIO DE 1871.

EL TEATRO.

TÍTULOS.	Actos.	Prop. que correspond.
Á tal amo tal criado	1	Todo.
Al que se hace de miel	1	Id.
D. Ramon de la Cruz	1	Id.
El amor y la astucia	1	Id.
El barómetro	1	Id.
Entre el nieto y el abuelo	1	Id.
La firmeza de un gallego ó las últimas elecciones	1	Id.
La petaca	1	Id.
La verdadera nobleza	1	Id.
La astucia de un andaluz	1	Id.
Nubes	1	Id.
Pobres y ricos	1	Id.
Receta para casarse	1	Id.
Un hombre comprometido	1	Id.
Un momento de locura	1	Id.
Una perra y un gato	1	Id.
Amor, honor y poder	3	Id.
El testamento de Acuña	3	Id.
La astucia de un asistente	3	Id.
La mosca blanca	3	Id.
Los secuestradores de Andalucía	3	Id.
Los dulces de la boda	3	Id.
Los niños grandes	3	Id.
Odio y amor	3	Id.
C de L. (Zarzuela.)	1	L. y m.
Cuatro demonios y un cabo	1	Id.

TÍTULOS.	Actos.	c
Chamusquina ó la Hija del petróleo	1	
¡¡¡Palomo!!!	1	
Tamberlik, Mario y Latorre	1	
Un sevillano en la Habana	1	
=Tocar el violon	1	
El marino	2	
=¡El Teatro en 1876!!	2	
Los dragones	2	
Justos por pecadores	3	
Un lio entre dos castaños		
La feria de las mujeres	3	
La escala de la ambicion	3	
El Caballero de Gracia	3	
=Perla. (Zarzuela.)	1	
La peluca de mi mujer	1	
La fuerza de la conciencia	3	
Un empréstito forzoso	1	
Agustina la cantinera	1	
La Vírgen del Amparo	1	
Tres al saco	1	
Los pastores de Belen. (Ópera.)	3	
Amor y caridad	1	
Amor paternal	3	
La tarde de Noche-buena	3	
La caja de Pandora	3	
Los zapatos de baile	1	
Intriga y amor	4	

Han vuelto á estas galerías las obras del Sr. Boldun, que durante u[n] tiempo ha administrado *El Proscenio*, y por lo tanto nuestros comisi[onados] se encargarán nuevamente del cobro de sus derechos.

LA CAJA DE PANDORA.

OBRAS DRAMATICAS DEL MISMO AUTOR.

LA PALOMA TORCAZ.....	Drama original en tres actos y en verso.
LA RED DE FLORES......	Zarzuela original en un acto, prosa, música del Sr. Fernandez Caballero.
PANDERETA Y CLARINETE.	Juguete original en un acto, prosa.
SOCORROS MÚTUOS.......	Comedia original en un acto, prosa.
EL MUNDO NUEVO.......	Juguete original en un acto, prosa, en colaboracion con el Sr. García Santisteban, música del Sr. Cepeda.
GRAMÁTICA PARDA......	Comedia original en un acto, verso.
EQUILIBRIOS DEL AMOR...	Zarzuela en un acto, verso, música de los Sres. Oudrid y Fernandez Caballero.
LA MADRE DEL CORDERO.	Comedia original en tres actos, verso.
EL LAGO DE LAS SERPIENTES..................	Zarzuela en tres actos, prosa, en colaboracion con el Sr. Retes, música de los Sres. Moderatti y Rogel.
EL GALAN DE LA HIGUERA.	Comedia original en un acto, prosa.
DE GUSTOS NO HAY NADA ESCRITO.............	Proverbio original en un acto, prosa.
LOS CERROS DE ÚBEDA...	Comedia original en un acto, prosa.
LA CAJA DE PANDORA...	Comedia original en tres actos, prosa.

LAS VELETAS.	Comedia en tres actos, prosa, original de D. Segundo Blanco. (De su propiedad.)

LA CAJA DE PANDORA,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

D. FERNANDO MARTINEZ PEDROSA.

Representada, por vez primera, en el Teatro del Circo, el 24 de Diciembre de 1871.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.

1872.

PERSONAS.	ACTORES.
LAURA	SRAS. D.ª MATILDE DIEZ.
ROSA	CAROLINA GILLY.
ARTURO	SRES. D. MANUEL CATALINA.
PABLO	MARIANO FERNANDEZ.
UN CAPITAN DE LA GUARDIA CIVIL	No habla.

Las indicaciones están tomadas de la parte del actor.

AL ILUSTRÍSIMO SEÑOR

DON JOAQUIN MARIA SANROMA,

Riendo en el teatro y llorando en mi casa la pérdida de una hija, escribo estas líneas, para consignar en ellas, la excelente amistad que debo á usted, y el afecto invariable que le consagra

Fernando Martinez Pedrosa.

ACTO PRIMERO.

Casa de campo en Guipúzcoa á orillas de la ria de Loyola. Gabinete en piso bajo, cuyas dos puertas laterales se hallan cubiertas de plantas trepadoras. Macetas de flores abundantes y raras colocadas caprichosamente, y entre ellas, en lugar visible, una Magnólia. Muebles lujosos: piano, espejo, pequeño velador con periódicos y libros, y en el fondo mirador espacioso á la ria, adornado tambien de flores.

ESCENA PRIMERA.

PABLO.

Cantando un zorcico y arreglando la habitacion.

Á fé de Pablo Garrañeta, que cada dia tengo ménos gana de trabajar; y eso que mi señora la Marquesa de Belflor, merece que ande uno en cuatro piés por servirla, porque es de lo que no hay. Diez años hace que estoy en su casa, y todavía no me ha reñido una vez formalmente. Solo se incomoda cuando traigo la noticia de que mi mujer Anastasia me ha soltado otro muchacho, y sin poderlo remediar ya la llevo dados siete disgustos. Sí señor, tengo siete hijos, siete mochuelos como siete soles, y es claro, cada dia soy más pobre, pero gracias á Dios, la salud y la alegría no faltan, que no es

poco. Si tan siquiera pudiera yo, juntar treinta duros para una barca! Treinta duros, hombre! Pero quiá! Creo que me moriré con las ganas. (Canta.)

ESCENA II.

PABLO, ROSA.

ROSA. Felices, Pablo.

PABLO. Muy buenos los tenga usted, doña Rosita.

ROSA. La señora marquesa me ha dicho que dé usted un repasillo á los tiestos de las flores, regándolos, etcétera, etcétera.

PABLO. Eso hago todos los dias, y están las plantas que da envidia verlas; sobre todo las Manólias.

ROSA. (Corrigiendo.) Magnólias. Todavía no sabe usted su verdadero nombre.

PABLO. Es igual: lo que importa es cuidarlas y que no se pierdan ni se pongan mustias, y de eso yo respondo. Ójala se pudiera hacer otro tanto con las mujeres, pero quiá, en chafándose, no tienen remedio.

ROSA. Usted qué sabe de esas cosas?...

PABLO. Vaya si lo sé. Ya ve usted si me habré yo esmerado con mi Anastasia, y ni por esas, ya empieza á chafarse. Y usted tambien se pondrá lacia, con el tiempo, conque ya lo sabe usted.

ROSA. (Riendo.) Qué gracioso está hoy el señor Pablo! ¿Por qué no le dice usted eso á la señora?

PABLO. Porque la señora es muy guapa, y se defenderá tanto como una siempreviva, que, como ella lo dice, vive siempre.

ROSA. Entónces, á mí con qué flor me compara usted, señor Pablito?

PABLO. Pues toma, doña Rosita, con la rosa de pitiminí, que amanece y no anochece.

ROSA. Muchas gracias.

PABLO. No hay que enfadarse, que, al cabo, un dia de vida es vida, y si esa flor encuentra un jardinerito... que... que!...

ROSA. Etcétera, etcétera.

PABLO. Y vaya si le encontrará... Pregúnteselo usted á don Arturo, el primo del ama, ó al Brigadier.

ROSA. Calle usted, señor Pablo, y no diga usted disparates.

PABLO. Á los dos les gusta la señora, pero á usted bien la echan piropos.

ROSA. Jesús qué embuste!

PABLO. El Brigadier más que el otro. Don Arturo no ha reparado tanto en usted, porque no quita los ojos de su primita. Está el pobre jóven atortolado, y eso que...

ROSA. Qué?

PABLO. Que me parece que ella, pues, la señora, no... El otro vence.

ROSA. Señor Pablo, no diga usted tonterías.

PABLO. Bueno, me callo, me callo; pero no estoy conforme.

ROSA. Yo tampoco; pero un simple jardinero no debe meterse en honduras.

PABLO. Soy tambien hortelano y arbolista, y tengo que ahondar por fuerza; y soy guarda y tengo que enterarme, y soy portero y tengo que atisbar lo que entra y lo que sale, y en fin, hasta luégo.

ROSA. Que no se olviden los tiestos.

PABLO. Voy á los de abajo: estos ya están. Mire usted esa Manólia grandiflora, que la Marquesa va á mandar á la señora de Ezpuru para que la trasplante, y se queda usted bizca. (*Señala una hermosa Magnólia que habrá en un tiesto grande.*)

ROSA. Sorda quisiera estar para no oir tontunas.

PABLO. Oiga usted, doña Rosita, el dia que yo tenga treinta duros para comprar una barca... me quedo bizco tambien. (*Váse por la derecha.*)

ESCENA III.

ROSA, LAURA.

ROSA. La señorita trata de disimular que prefiere al señorito Arturo y lo ha conseguido. Todos creen que el Briga-

dier va á ser marqués de Belflor ménos yo, que, como soy tan lista, me entero de todo, y etcétera, etcétera.

LAURA. (Lateral izquierda.) Hermoso dia para distraerme. Está subiendo la marea. Dí á Pablo que me prepare la caña y me la suba.

ROSA. ¿Va usted á pescar?

LAURA. Quisiera, pero no sé si lo conseguiré.

ROSA. (Con intencion.) Creo que sí, señorita.

LAURA. No es tan fácil, se necesita mucha calma; pues para un pez gordo que salga, pican otros chiquititos que gastan el cebo.

ROSA. Como dicen que los peces jovencitos son los más sabrosos...

LAURA. Eso tambien es verdad. Anda, anda y no me hables, que estoy de mal humor.

ROSA. No hablaré, señorita; pero ántes ha venido el señorito Arturo y...

LAURA. Bien.

ROSA. Me preguntó si estaba el señor Brigadier y...

LAURA. Y qué?

ROSA. Que le dije que sí.

LAURA. Hiciste bien... pero cuando vuelva le dices que estoy sola, que estoy triste, muy triste, y que deseo verle.

ROSA. Comprendo. (Satisfecha.) El Brigadier le tiene al señorito algo...

LAURA. Calla.

ROSA. Algo escamado.

LAURA. (Enojada.) No me hables más y vete. (Rosa sale por la izquierda.)

ESCENA IV.

LAURA, inquieta.

Jesús, Jesús, señor, qué fastidio! Todo el santo dia inventando algo para distraerme. El cultivo de las flores, á que soy tan aficionada, ya me cansa. Tengo aquí ejemplares raros, plantas preciosas: silenes, myósotis,

palustris (¡No me olvides!), celosía spicata rósea, jacintos dobles y perlargónium. Me he gastado un dineral, y ¿para qué? para no hacer caso de ellas. Soy ingrata y voluble. Me mudo de traje seis veces cada dia, y con todos me parezco mal. Toco el piano y me doy unas cencerradas!... Leo y ni siquiera me entero de lo que leo. Escribo cartas y hago una letra incapaz! Mia es la culpa: una viuda no tiene derecho más que á la desesperacion. Mi marido ¡pobrecito! era rico, pero avaro. Tenia veinte años más que yo y se casó por mi título; yo le acepté poco ménos que por razon de estado; fuí feliz á medias, tres años; murió, y cuando empezaba á consolarme de esta desgracia, me ocurre otra, la de pensar en volver á casarme. Falta saber si el matrimonio es un remedio para el esplin ó no. Tenia que repasar las cuentas de mis rentas, pero ya me ha dicho el apoderado que están en baja; la Bolsa tambien, y yo jugaba al alza! ¿Para qué quiero saber más? Oigo remar... (Se asoma apresurada, al fondo.) Es Arturo! Buenos dias, primo. Cuánto me alegro que venga! Pero como siga con sus variaciones sobre el mismo tema, se me acabó la paciencia y sabe Dios lo que podrá suceder. (Se mira al espejo.) Estoy fatalísima; tan gruesa, tan encarnada, parecen mis mejillas las hojas de una dalia carmesí. Vamos, que no me gusto!

ESCENA V.

LAURA, ARTURO, por la derecha.

ART. Laurita, Laurita; has visto?

LAURA. Qué?

ART. Hace sol! Magnífico sol, un sol que parece andaluz.

LAURA. Sí.

ART. Le he visto salir; se levantó algo tarde, porque habrá trasnochado, y al insinuarse no pude ménos de decirle:

«Para, y óyeme, oh sol, yo te saludo!...»

LAURA. Y se paró?

ART. Cá! Ha seguido su curso, y ya está en esta casa; tanto que, viéndote á tí, me parece que le estoy viendo!

LAURA. Qué fino es mi primo!

ART. Mucho, pero no tanto como el señor de los entorchados de plata.

LAURA. Pobre Brigadier.

ART. Sí, pobre! (Picada.) ¡Pobrecito! No se quejará de los rigores!...

LAURA. ¿De quién?

ART. Del verano.

LAURA. Por qué?

ART. Ni de la estacion.

LAURA. ¿De qué estacion?

ART. Del ferro-carril. En ella te conoció, segun mis noticias.

LAURA. Es verdad.

ART. Venias tú, con Faon, tu perrito, asomado á la ventanilla, y acercó la mano para bajar...

LAURA. (Riendo.) Al perro?

ART. Á la dueña; el perro se le diste tú, y le trajo á casa en brazos. ¿Es cierto ó no?

LAURA. Cierto.

ART. Faon, cuentan que hizo una de las suyas, en el camino...

LAURA. (Riendo.) ¿Quién te lo ha dicho?

ART. Mi tia Encarnacion. Pues mira, á pesar de tu perrada, no estoy muy tranquilo. Vengo aquí el otro dia, y me dijeron que estaba el Brigadier; ayer el Brigadier; esta mañana el Brigadier: ¿qué es esto? ¿Se ha puesto tu casa en estado de sitio? ¿Se ha formado consejo de guerra?

LAURA. Sí, para juzgarte á tí, por faccioso.

ART. Caramba con los tales militares!

LAURA. ¿Pues tú qué eres? Militar, hijo de militar y con más espadas en tu familia, que una baraja.

ART. Mi padre, el veterano general Grisén, que falleció dejándome un nombre ilustre. Yo, que llegué á Teniente, me estanqué cinco años, y pedí el reemplazo y luego el retiro, por lo cual estoy hecho un caballero particular: ademas cinco ó seis primos y parientes, cuyos cuerpos y cuyas armas son distintas. Uno tengo capitan de la Guardia civil, hombre que no habla, pero muy valiente!

LAURA. ¿Entónces, por qué reniegas de la fuerza?

ART. Porque no la quiero por el sable, sinó por el entendimiento, y el brigadier Ramplon,—¡Qué apellido!—no creo que disponga mas que de la primera.

LAURA. No ofendas á un caballero.

ART. Ya sé que es de Caballería.

LAURA. Á un amigo.

ART. Tuyo. Á un Ramplon!

LAURA. Amigo mio, y con grande satisfaccion mia.

ART. (Parece que se ofende de veras.) Pues yo no puedo consentir, ni en broma, que...

LAURA. ¿Qué dices? (Con indicacion de enojo.)

ART. Nada, Laurita. (Con dulzura.) Pero ya ves qué papel haré yo á los ojos de la sociedad.

LAURA. ¿Por qué?

ART. Porque nadie ignora nuestras relaciones.

LAURA. ¡Cómo! (Formalizándose.) ¿Quién te ha dado derecho para jactarte de eso?

ART. ¿Yo jactarme? ¿Si seré algun niño?

LAURA. Poco ménos.

ART. Pues haberlo mirado antes.

LAURA. Lo miro ahora, que aún es tiempo.

ART. (Irónicamente.) Sí te conviene más, ser Brigadiera...

LAURA. Ya lo creo. ¿Tú, qué eres?

ART. (Sonrojado.) Nada, un muchacho inesperto, un calavera.

LAURA. Miéntras el Brigadier es rico.

ART. Sí, tiene dos docenas de manzanos y un campo de maiz.

LAURA. Y tú? La herencia de tus tias que, eso sí, no te faltan. Encarnacion que está aquí, en el campo. Joaquina y Mercedes en Madrid. Son tres. Adela en Oviedo y Rosalia en la Habana. Total, cinco tias. La última millonaria á la que heredarás cuando fallezca.

ART. Ó si se casa; porque los seis millones de duros que tiene, son en usufructo; y por disposicion de mi abuela, pasarán á mí, si toma estado, lo que no creo.

LAURA. Pues todo eso me recuerda aquello de, tener un tio en Granada, que ni es tio ni es nada.

ART. Dirás lo que se te antoje.

LAURA. Reflexiona que si obráramos de ligero en tan grave asunto, para no poder luego mantener el decoro de nuestra posicion, seria una sublime necedad.

ART. Lo que tú quieres es boato, brillar mucho. Estás por el oropel.

LAURA. No, por lo positivo.

ART. En cambio yo detesto la farsa tanto como el dinero; ¿para qué sirve el dinero, vamos á ver?

LAURA. Para todo.

ART. Te equivocas, inocente, para nada! Nunca estoy yo, mas contento que cuando no llevo encima mas que un duro, y me parece mucho.

LAURA. Esto es curioso! (Rie.)

ART. ¿Dónde existe mayor causa de zozobra é inquietud que en la casa en que se guarda mucho oro? ¿Has visto tú feliz completamente, á ningun rico? ¿Conoces caractéres mas rebajados que aquellos que no descansan, ni de dia ni de noche, pensando en su riqueza?

LAURA. Al contrario. Los veo á todos muy tranquilos, muy contentos y muy gordos.

ART. En apariencia. No lo creas, Laurita, no lo creas, viven esclavos de la codicia, temerosos de que les roben, soñando engaños, en fin, gozan poco! Los pobres sí que somos dichosos!

LAURA. Peregrinas teorías.

ART. Nada, temblando que me caiga la lotería, no juego

jamás, y si recibiera alguna vez esa díchosa herencia, adios mi bienestar!

LAURA. Vaya, tú eres un loco que merece ir á San Bernardino.

ART. No señor, trabajaré.

LAURA. ¿Trabajar tú?

ART. Yo.

LAURA. ¿En qué? Con los dientes, ó montando á caballo.

ART. ¿Á que si te casas conmigo nada nos falta?

LAURA. Si lo llevo yo. Arturo, perdona mi sinceridad, no me convienes.

ART. (Ofendido.) Ni tú á mí.

LAURA. Perfectamente. Te voy á devolver ahora mismo tus cartas, y haz el favor de traerme las mias.

ART. Muy bien, te las traeré, pero las mias no las quiero: quémalas.

LAURA. No me agradan los Autos de fe. Las quemarás tú.

ART. (Afligido.) ¿Pero lo dices de veras, Laura?

LAURA. Sí, yo te quiero, mas nuestra union es imposible. (Al fin me atreví.) Voy por las cartas. (Váse izquierda.)

ESCENA VI.

ARTURO.

(Furioso.) Necio! Mentecato! Simple! ¿Todavía no conoces que te engañaba? ¿No te persuades de que buscaba la ocasion de un rompimiento? Yo debo de estar purgando algun pecado muy gordo, con haber conocido á esta mujer, á esta prima, que me ha quemado más figura que la que tengo. ¡Y cuidado si está guapa! No es una niña, pero vale mas que si lo fuera. Y luégo lo que tiene aquí, (Señalando á la cabeza.) Y despues... lo que tengo aquí, yo... (Señalando al corazon.) que es mucho, mucho! (Conmovido ligeramente.) porque si ella se obstina en que cada cual nos vayamos por nuestro lado, me muero ó me mato! (Transicion.) Bah! eso no puede ser, y si te enterneces, Arturito, peor y repeor! Calma, calma! El desden con el desden! Aquí está con las famosas cartas.

ESCENA VII.

ARTURO, LAURA.

LAURA. (Entregándole una preciosa cajita y con acento jovial.) Tome usted, caballero.

ART. (En el mismo tono.) ¿De usted, ya? ¿Todo pasó? ¿Qué cierzo, vendabal ó simoun ha sido este? (Oliendo la caja.) Mis cartas huelen muy bien; mejor, con eso me servirán de sahumerio.

LAURA. (Lo toma á broma.)

ART. Adios, Laura. De sobra he comprendido que prefieres á mi Brigadier: es propietario de tres azumbres de Sidra al año; ademas tiene peluca y eso me explica tu pasion volcánica!

LAURA. ¿Peluca el Brigadier? Qué calumnia!

ART. Sí, hija, eso se trabaja hoy, al pelo. Yo, yá te he dicho que le tengo malo, que soy pobre y que estoy contento con mi suerte. Desde hoy pienso ahorrar para hacerte el regalo de boda. Adios.

LAURA. ¿Te burlas, hijo mio? (Picada.)

ART. No; te hago justicia, como te la hará el mundo cuando sepa que me has desahuciado porque no tengo dinero.

LAURA. El mundo aquí, no murmura.

ART. Esta noche se sabrá todo en San Sebastian. Yo lo contaré para que no falten datos con que juzgarte. Vamos á ocupar la atencion del *Palacio Indo* y del *Café de la Marina*. Nadie ignorará que cuento con algo y que tú exiges que haga el papel de rico por fuerza.

LAURA. Tú dirás eso y nadie te creerá.

ART. Abriré mi cartera y la enseñaré repleta de billetes de Banco.

LAURA. ¡Qué ilusiones!

ART. (Formalizándose.) Hasta mañana. (Indicacion de irse.)

LAURA. (Yéndose hácia la izquierda.) Adios. (Volviendo.) Vente á comer si quieres, que no quita lo cortés á lo valiente.

ART. Gracias, Marquesa, tengo cubiertas mis necesidades. Ya me dará usted de comer el Jueves Santo.

ESCENA VIII.

DICHOS, PABLO, con una caña de pescar y demas avíos.

PABLO. Señora, aquí está la caña de pescar, los anzuelos y el cebo.

LAURA. Ponla ahí y déjate de impertinencias. (Irritada.)

ART. La guardaremos para cuando venga por la ria el Brigadier.

LAURA. (Á Arturo.) Beso á usted la mano. (Váse izquierda.)

ESCENA IX.

ARTURO, PABLO, éste deja en el mirador la caña.

PABLO. Señorito, juraria que se ha chamuscado algo, la señorita.

ART. Yo no huelo nada.

PABLO. Estos dias se entretiene en pescar, y lo hace sin miedo al mal tiempo, desde ese balcon, que como está tan bajito... y vaya si la pican!

ART. No lo dudo. Y á mucho honor tendrán dejarse pescar.

PABLO. Y eso que todo lo que no sea meterse mar adentro, con una buena red... Si yo tuviera veinticinco duros para una barca! Con ese dinero era yo un rey.

ART. Pues ya te daremos ese ascenso.

PABLO. (Riendo.) Jé! jé! No lo creo. Yo no saldré nunca de ochavo.

ART. Quién sabe: pero no tengas tanto apego al dinero, porque da muchos disgustos.

PABLO. Al revés; el dinero es la cosa más estomacal y más... Un dia sí y otro no, sueño con haber visto en mi casa—ahí cerca del establo—una onza de oro, y cuando amanezco, lo primero que me encuentro es con un buey!

ART. Lo creo.

PABLO. Con el permiso de usted, señorito.

ART. Adios, honrado padre de familia.

PABLO. Ocho veces, digo, no, siete. Ya he perdido la cuenta. Jé! jé! dispense usted, señorito. (Váse derecha.)

ESCENA X.

ARTURO.

Todos, todos sueñan con el oro y la mayor parte se encuentran bueyes! Yo necesito soñar tambien; soñar no: ser rico, tener dinero; siquiera cuatro ó cinco mil reales para empezar. ¿Y para qué? Para ponerlos al negro ó al encarnado, y si los perdia tirarme de una oreja y no alcanzarme á la otra, y si los doblaba no saber que hacer de ellos. ¿Pero dónde están? (Fijándose en la caja.) Este es todo mi capital. Recuerdos del bien perdido. Habrá aquí cada simpleza!... Hola, y la caja tiene llave. (Abre la caja, se sienta, saca las cartas y lee una.) «Diez de Setiembre. Laura: despues de mil dudas, te »escribo para rogarte que no me martirices, como lo es»tás haciendo, con tus preferencias al capitan de arti»llería...» (Declamando.) Caramba, esto me huele á pólvora. (Dobla la carta y toma otra.) Siempre dándome que hacer los sables. (Lee.) «Veintiuno de Setiembre. Seño»ra: queda usted en libertad de hacer lo que guste. Por »mi parte haré lo mismo.»—Hé aquí una situacion análoga á la de hoy. Cuando mi padre me habla con crianza!... (Lee otra carta.) «Quince de Octubre. Laura »de mi vida.»—Cambio atmosférico.—«Iré al teatro, »palco número cinco. Toda mi existencia está consa»grada á tí!»—Crescendo de ternura!—«Te amo! Te »amo!»—Van dos!—«Te amo!»—Cero y van tres! (Soplando.) Este quince de Octubre debia hacer mucho calor! (Lee otra carta.) «Diez y siete de Octubre. Me diste »á entender anoche, Laura mia, que no tengo posicion »bastante para aspirar á tu mano.»—Ya pareció aquello!—«¿Y qué posicion necesito?»—La horizontal.— «Mi tia Rosalía asegura nuestro porvenir.»—Ya salió á colacion la tia Rosalía.—«Hoy cuento con lo indispen-

»sable para hacerte feliz.»—¿Á qué aludiria yo con esto de lo indispensable?—«Decídete y nos casamos en se»guida.»—Pues, al vapor! (Abre otra carta.) Ya era yo, entónces, muy calavera. (Lee.) «Veinte de Agosto. Pa»rís, etc.»—Retrasada por las nieblas.—«Laurita: he »perdido la apuesta. Triunfó en Lóndres el caballo »Adalid.»—Ya; esto fué cuando apostábamos desde París.—«Adjuntos son quinientos francos de la apuesta.» —¿No digo? (Volviendo la hoja.) Calle, aquí hay un billete del Banco de Francia. ¡Quinientos francos! Dos mil reales en conserva; y me los devuelve! Esto es una ofensa, son suyos. Pero vienen en tal ocasion... Oh, ventura! Papel salvador! Mina improvisada! Me los guardo; con estos quinientos francos vendrán otros quinientos y luego otros y luego... Me he salvado! Ah, Mr. Durafeur! Viniste en el tren ruleta á provocarme. *Al campo don Nuño voy*!... Quien dice al campo dice á otra clase de verde. (Mirando á la izquierda.) Laurita, adios; volveré forrado de oro, ó muerto! Y si sucumbo tú serás la causa. ¡Vamos, la quiero más que á las niñas de mis ojos! (Saliendo apresurado derecha y dejando, distraido, la caja cerrada, encima del velador.) *¡Ay de tí, si al Carpio fueres*! *¡Ay de tí, si al Carpio voy!*

ESCENA XI.

ROSA. LAURA.

LAURA. (Entrando izquierda.) Qué dia tan pesado! Estoy muy nerviosa! Arturo se ha ido. Si le da ahora, la gana de no volver!.. Creo que le he tratado con demasiada dureza.

ROSA. (Derecha.) (Se fué. Me parece que estamos de monos!)

LAURA. ¿Viste al señorito Arturo?

ROSA. Sí, señorita. Tan guapo, tan elegante y tan... etcétera, etcétera. Por cierto que al despedirse de nosotros, no miró como acostumbra, al balcon.

LAURA. Porque sabia que no habia de encontrarme en él. Estoy mala, aburrida, nerviosa!

ROSA. Pesque usted, señorita.

LAURA. ¿Qué he de pescar? (Fijándose en la caja.) (Esta caja aquí! (La abre.) Y con las cartas! Qué imprudente es ese Arturo! Nada, no las quiere recoger; pues ya verá!...) Rosa, guárdame esta caja ahí, en mi ropero y prepárame el vestido de esta noche. Voy al concierto del Cursal. (Toma la caja Rosa y váse izquierda.) Esto ha sido tanto como decirme: mira el caso que hago yo de las cartas en que está tu nombre. Pues se las ha de llevar! Yo no las quiero.

ESCENA XII.

LAURA, PABLO.

PABLO. Señora ¿Habrá que llevar esa flor (Señalando á la Magnólia.) ahí al lado, como me dijo usted ayer? Se van á quedar al verla asombrados. No hay en toda Guipúzcoa otra igual.

LAURA. No: mandarán por ella. Voy á pescar: baja y echa un poco de cebo en el agua. Creo que habrá bastante.

PABLO. Ya lo creo, pleamar.

LAURA. Pues vé. ¿Está todo corriente?

PABLO. Todo. (Váse derecha.)

ESCENA XIII.

LAURA.

(Se dirige al mirador, toma la caña, la examina y se sienta segun lo indica la frase.) No dirán que no me empleo en pasatiempos lícitos. Un pescador de caña es un modelo de paciencia y de resignacion. Una figura heróica de los tiempos primitivos. (Ha echado la cuerda y se sienta sin quitar la vista de abajo: pausa.) Job debió ser pescador. Aquí

paso las horas mas dulces y mas tranquilas de mi vida, entregada á los recuerdos del gran mundo y á la contemplacion de la naturaleza. (Alza la caña y vuelve á bajarla.) Mis flores, mi barquilla, en la cual suelo remar como un gañan marinero. Este hermoso panorama que desde aquí se descubre, la silenciosa ria de Loyola, ese sol ruburoso que apenas se deja ver. (Alza la caña.) Ya pican!... se escapó. (Vuelve á tender la caña.) Pues no será por falta de cebo. Otro! (Alza la caña, saca un pez pequeño y vuelve á arrojar la pesca.) Pablo: ahí va ese pez, vuelve á echarle al agua, es pequeñito y me da lástima! (Se supone que Pablo la contesta desde abajo.) Qué quieres, soy generosa con los débiles. Sólo busco peces grandes. (Pausa.)

ESCENA XIV.

LAURA, ROSA, luégo PABLO.

ROSA. (Izquierda.) Señorita, el Brigadier.

LAURA. ¿Por dónde? (Se levanta.)

ROSA. Viene por la vereda, orilla á la ria.

LAURA. (Desde el balcon, llamando.) Ramplon, ramplon, pase usted por debajo.

ROSA. Qué fino es; en cuanto la ha visto á usted ya viene con el sombrero en la mano.

LAURA. Por ahí, por ahí.

PABLO. (Abajo, á voces.) ¡Un pez gordo!

LAURA. (Alzando rápidamente la caña.) Ahora! (Se oye abajo un grito, risas y bulla y Laura saca pendiente del anzuelo una peluca, que arroja á la escena.)

ROSA. ¿Qué es esto?

LAURA. (Acercándose con miedo.) ¡Un bicho! ¡No sé lo que es! (Sigue la broma de gente, abajo.)

ROSA. ¿Qué será?

PABLO. (Derecha, riendo.) Señorita, vengo por la peluca del señor Brigadier. (Laura y Rosa no pueden hablar de risa.)

LAURA. ¿Es posible?

ROSA. ¡Le ha enganchado usted!

PABLO. ¡Un pez con pelo! ¡Buena pesca!

(Pablo toma la peluca y sale. Laura y Rosa vuelven al mirador riendo á carcajadas, que se confunden con las de abajo. Telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

LAURA, PABLO.

PABLO. Vaya si es verdad; sí, señora, que lo es.
LAURA. ¿Quién te lo ha dicho?
PABLO. Cosme á Lúcas el cochero.
LAURA. ¿Quién es Cosme?
PABLO. El criado de doña Encarnacion.
LAURA. Bien, vamos. Qué fué? ¡Me teneis sobresaltada!
PABLO. Y el caso no es para ménos... Pobre señorito!
LAURA. (Impaciente.) Acaba!
PABLO. Él no sé dónde pudo caer, pero ello es que cayó de alto abajo y se dió un golpe ó dos, que dice que le dolieron bastante.
LAURA. Necio, ¿y no es mas que eso?
PABLO. Vaya, le arrastró el caballo y paf!
LAURA. Dios mio! Otro golpe?
PABLO. Sí, señora, otro!...
LAURA. ¿En la cabeza?
PABLO. No, señora. En el camino de Hernani.

LAURA. Corre al momento, á saber qué ha sido.

PABLO. Voy, pero no se asuste.

ESCENA II.

LAURA, PABLO, ROSA.

ROSA. Ay, señorito Arturo de mi alma, que le ha tirado el caballo!

LAURA. (Desolada.) ¿Conque era verdad? Á Lúcas que enganche el cesto. Tú tráeme el sombrero y el quitasol. ¡Pobrecito! Se acabó la paz de esta casa. Busca hilas, árnica, el tafetan de heridas, mi pomo de sales; llama al médico. Pero ¿ha vuelto en sí? ¿Cómo fué?

ROSA. Lúcas dice que Cosme lo vió y que ha visto al señorito.

LAURA. ¿Al señorito?

ROSA. Á la puerta de casa.

LAURA. Ay! Respiro.

ROSA. Salió esta mañana...

PABLO. Al rayar el dia...

ROSA. En el caballo negro...

PABLO. Y á mitad del camino se espanta el caballo de una carreta...

ROSA. El señorito se hizo firme...

PABLO. El caballo saltó y fué á tierra, quedándose con la brida el señorito...

ROSA. Le llevó arrastrando tres pasos, y el señorito...

PABLO. Se levantó y echó á andar.

ROSA. Y despues de haber dado un buen paseo á pie, el señorito parece que está en su casa durmiendo.

LAURA. Gracias á todos los santos que os habeis explicado. Que no enganchen el cesto, ni busqueis el médico, ni el árnica, ni las hilas, ni el tafetan.

ROSA. Se me olvidaba decir á usted que el señor Brigadier está en la sala, hace más de media hora, leyendo los periódicos, etcétera, etcétera.

LAURA. ¿Y por qué no me lo has advertido? ¿Qué dirá el señor Brigadier?... (Voy pensando que todo lo de la caida del

caballo ha sido una invencion.) Ven, Rosa. (Vánse por la izquierda.)

ESCENA III.

PABLO, despues ARTURO.

PABLO. Tenga usted caballo, déle usted bien de comer, móntele usted y al suelo! ¿Es esto justo? En cuanto vea á don Arturo le doy un abrazo, si me atrevo, lleno de alegría por saber que ya ha dormido la siesta. Ántes de echar un vistazo á estas macetas, voy á limpiar un poco las trepadoras del balcon. Todos los dias las paso dos veces revista. (Se dirige al mirador á quitar las hojas secas de las capuchinas, y se oculta entre el follaje.)

ART. (Entrando primer término derecha con recelo y sin ver á Pablo.) Nadie me ha visto entrar. Mejor. Estoy agitado... parece que he cometido un crímen!... (Trae un sobretodo de verano abrochado, y se toca en el lado del corazon.) Sin novedad! sin novedad! (Sonriendo.) Estoy loco de alegría y me asusta pensar en... Señora marquesa, nos veremos! La espero aquí para confundirla, para avergonzarla, para... ¡Pobrecita, que buena es! (Se fija en un periódico que hay encima del piano.) El papel de hoy. (Se sienta y repasa.) «En el *Boletin oficial* de la provincia...» «Los viajeros llegados ayer, á la fonda de...» «El concierto verificado anoche...» «Importante.»—Veamos que es esto de tanta importancia.—«Abrigando el Gobierno fundadas sospechas de que se conspira en esta provincia, »en favor de ideas condenadas á perpétuo olvido por la »opinion pública, encarga á las autoridades que redoblen su vigilancia y que entreguen á los tribunales »militares, caso de ser habidos, á ciertos agentes dedicados á turbar la paz inalterable de nuestro país. Estos sectarios ciegos, se distinguen por su aspecto misterioso y porque cuentan con fondos abundantes para »la consecucion de sus inícuos planes. Ayer mismo fué »descubierto uno de ellos, encontrándose en su poder

»cincuenta mil francos.»—¡Ojo!— «No le arrendamos la »ganancia.» (Levantándose asustado y dando unos pasos.) ¿Quién va?... Nada... Esta imaginacion!...

PABLO. (Viniendo por detrás de él.) Señorito.

ART. (Echando á correr y deteniéndose.) ¿Quién es?

PABLO. Nadie, señorito, nadie.

ART. El buen Pablo!... (De cuando en cuando, se toca con disimulo al pecho y le tapa con su sombrero de campo.)

PABLO. Permita usted, señorito, á un criado fiel que le dé la enhorabuena.

ART. (Con creciente inquietud.) (Adios!)

PABLO. Lo he sabido todo, y es tal mi alegría por...

ART. (¡Ya lo sabe!) ¿Sí? (Disimulando.)

PABLO. ¡Dos golpes! Parece imposible que...

ART. (Huy, que enterado está este maldito! Disimulo, Arturo!)

PABLO. Algo descolorido le encuentro á usted. ¡Pero qué suerte, señor, qué suerte!

ART. (¡Quién diablos le habrá contado?) ¿Dónde está la señorita?...

PABLO. Pues nada, jé, jé! está, hace un buen rato, de visita con el señor Brigadier.

ART. (Irritado.) ¡Bien!... (¡Infame!)

PABLO. Si usted, señorito, me diera licencia para pedirle...

ART. (¿No dije? Ya me pide dinero.) ¿Qué es ello?

PABLO. Desearia, vamos, darle á usted un abrazo.

ART. Ah! Gracias... gracias! (Anda de un lado para otro.)

PABLO. (¿Qué le pasará á este señorito?)

ART. Retírate, digo, si no tienes nada que hacer aquí.

PABLO. No señor, nada; pero repito que me alegro y que no sé cómo expresar mi... Abur, señorito... Tantas enhorabuenas, y de la Anastasia y de los chicos. Bien me decia ella; vaya si ha corrido peligro el señorito de perder...

ART. (Asustado.) ¡Silencio!

PABLO. Bueno. Abur, señorito.

ESCENA IV.

ARTURO.

¡Me he lucido! Ya sabe éste que he jugado y que he ganado; sabe hasta que fué en dos golpes, y que llevo aquí... (Señalando al pecho.) Lo que llevo nadie puede saberlo. Un verdadero fortunón; ¡cincuenta billetes de mil francos! Esta cartera parece una losa que me oprime el corazon. Si á cualquiera se le ocurre figurarse que este dinero es para fines políticos, y me toman por un agente de los facciosos y me echan mano!... Voy á esconder la cartera en cualquier parte; ¿pero dónde?... (Se fija en varios lugares.) Debajo del piano. Aquí no es posible que nadie dé con ella. (Lo hace apresurado y con precauciones cómicas.) Caramba y qué peso se me ha quitado de encima. ¿Si se la llevarán? No. Yo estaré á la mira. (Se sienta enfrente del piano, sin quitar de él la vista.)

ESCENA V.

ARTURO, ROSA, por la izquierda.

ROSA. (¿Qué hará ahí, tan pensativo el señorito Arturo?) (Acercándose á él.) Felices dias.

ART. (Dando un salto hácia el piano.) ¡Alto!

ROSA. Buen deseo teniamos todos de ver á usted por esta casa.

ART. (Calma! calma! Esta chica nada sabe y se lo voy yo mismo á descubrir.) ¿Deseos, Rosita? pues ya estoy aquí.

ROSA. Todavía no está usted tranquilo; es natural.

ART. ¿Natural? Sí.

ROSA. Nos ha dado usted un rato...

ART. Por qué?

ROSA. De disgusto.

ART. (Qué oficiosidad, hombre!) No entiendo.

ROSA. No lo oculte usted. Aquí se sabe ya todo!

ART. Y quién ha dicho?...

ROSA. Cosme.

ART. (Justo. Él me cambió esta mañana, unas monedas de oro por billetes!) Cosme, miente mucho; es un majadero, yo le diré... (Mira al piano.)

ROSA. Pasamos un susto...

ART. ¡Qué tontería!

ROSA. Nos dijeron, que al principio marchaba usted muy bien, hasta que!...

ART. (¡Nada; han venido tocando la trompeta!)

ROSA. Que habia usted cambiado de color...

ART. ¿De color? (¡Malo!) (Cada vez más inquieto y mirando al piano.)

ROSA. Hasta que el caballo...

ART. (¡Malo!)

ROSA. Los dos golpes!...

ART. (¡Ya escampa!)

ROSA. Y la docena de...

ART. Á docenas, es falso!...

ROSA. La docena de sanguijuelas que le quisieron poner á usted, etcétera, etcétera.

ART. (Ella misma disimula.) Calla, calla, Rosita!

ROSA. Si la señorita tambien lo sabe todo!

ART. (Irritado.) ¡Tambien!...

ROSA. ¡Y lloró mucho!...

ART. (Lo creo; avergonzada, la infeliz, de tener un primo jugador! Pero ella tiene la culpa!...)

ROSA. (Enjugándose los ojos.) ¡Y yo tambien lloré!

ART. (¡Esto me faltaba!) ¿Y no lloró Pablo?

ROSA. La Marquesa mandó al momento, enganchar el cesto.

ART. (Con un gesto.) ¿El cesto?...

ROSA. Buscar hilas, árnica, tafetan inglés, etcétera, etcétera.

ART. ¿Pero qué es lo que estás diciendo?

ROSA. Y el Brigadier en cuanto lo supo...

ART. (Furioso.) ¿Tambien lo sabe el Brigadier?

ROSA. Como que está ahí.

ART. ¿Y qué es lo que sabe, vamos á ver? ¿Qué es lo que sabeis todos?

ROSA. Que se ha caido usted del caballo esta mañana, en el

camino de Hernani.

ART. (Sorprendido.) ¿Yo?

ROSA. Usted.

ART. ¿Qué embrollo es este? (Mira al piano.)

ROSA. No extrañe usted que esté todavía el piano sin limpiar. Con estas cosas...

ART. No; si yo miraba al piano, no es por eso; sino por...

ROSA. Comprendo. Alguna hazaña de Faon. Me tiene frita el tal perro... y á la señorita lo mismo: es jugeton y destrozon. Cuanto hay en la casa, lo coge y se lo lleva en la boca siempre á ese sitio. No sé cómo diantre se mete debajo del piano, y ahí lo muerde todo y lo hace trizas.

ART. ¡Caramba! ¿Y estará ahora?

ROSA. Todo el dia. No lo dude usted. Cosa que entra ahí, no vuelve á salir.

ART. Pues es una gracia! Esta casa está abandonada! Me voy. Díselo á tu señorita, y que no vuelvo hasta que se vea libre de visitas impertinentes. Cuidado que se lo digas así; y si quieres añadirla, que eso de la caida del caballo es una paparrucha, puedes hacerlo tambien. Anda, anda pronto, Rosita... (Mirando al piano.)

ROSA. No se enfade usted.

ART. Anda! (El perro y!...)

ROSA. Hagan ustedes las paces.

ART. ¿Te irás? (Furioso.)

ROSA. (¡Jesús! Algo le pasa al señorito!) (Váse por la izquierda.)

ESCENA VI.

ARTURO.

(Se dirige rápidamente al piano.) Sabe Dios lo que habrá sido de mi cartera! Si está ahí el perro, le mato. (Mete la mano: el perrito gruñe y ladra; Arturo saca la mano.) ¡Caramba! De fijo se está comiendo ese animalito mis billetes de banco! Á ver si llamándole. (Le llama.) Pisch, pisch, toma, Faon! Faoncito! Así reventáras. (Vuelve á

gruñir y á ladrar el perro, Arturo mira por debajo.) No hay duda, está mordiendo mi cartera. Eh! tuso! tuso! (Mete la mano, el perro da un fuerte gruñido.) Caracoles! Me mordió! (Saca la cartera rota y mira con ansiedad.) Ay! Se salvaron mis billetes! Qué lance, eh?... Y me escuece este dedo! (Se guarda la cartera.) No me faltaba más sino que ese perro estuviera hidrófobo!

ESCENA VII.

ARTURO, ROSA.

ROSA. Señorito.

ART. ¿Eh? (Disimulando.)

ROSA. La señorita dice que no le ha dado á usted motivo para que se vaya, y que puesto que usted se empeña, que aquí tiene usted la cajita que ayer se dejó olvidada. (Le da la caja de las cártas.)

ART. Está bien! Dila que está bien!

ROSA. Usted dispense si yo...

ART. Me duele mucho un dedo! Adios. (Váse Rosa izquierda.)

ESCENA VIII.

ARTURO.

(Con la caja en la mano.) ¡La dichosa cajita! ¿Y para qué quiero yo esta cajita? Ah! Qué idea! En ella puedo guardar mis cincuenta billetes! Las cartas á la cartera, y el capital á la caja. (Mira á todos lados con impaciencia, y en su aturdimiento baraja cartas y billetes, viniendo á colocar las cartas en la caja, y los billetes otra vez en la cartera.) Quedan cerrados; ahora la cartera y la llave al bolsillo. (Se guarda la llave en el del chaleco y la cartera en el sobretodo.) ¿Y dónde oculto la caja? porque yo no puedo llevarla encima. (Recorre con la vista la habitacion.) No hay remedio, es forzoso dejar aquí este dinero en lugar seguro. Ah, ya sé! Magnífico! Ahora sí que voy á quedar tranquilo. Vamos, vamos. Precisamente tengo á mano el escardi-

llo. Escarbo en esta gran maceta, (Señalando á la de la Magnólia.) y entierro en ella, mi fortuna. (Lo hace.) Prontito, que van á venir. Este es un recurso provisional hasta mañana. Arreglo la tierra, y ¿quién es el guapo que descubre mi secreto? Perfectamente. Arturo, ya te vas volviendo avaro y desconfiado! No tardarás en ser cruel. Ya está: Aquí hay cabida para todo. (Mirando á la izquierda.) Creo que vienen; cómo me he puesto! (Saca un pañuelo y se limpia las manos.) Ahora me voy; ya volveré cuando me haya serenado. ¡Estas son las hazañas del dinero! (Váse derecha.)

ESCENA IX.

LAURA, ROSA, izquierda.

LAURA. Qué pesadez la de ese Brigadier Ramplon de mis pecados. Las historias que él cuenta; los lances! Una hora ha estado pidiéndome perdon porque ayer, saqué de quicio su peluca. ¿Perdonar yo cuando debia ser la perdonada?...

ROSA. ¿Y tendrá valor todavía de pretender su mano de usted?

LAURA. Con mas entusiasmo que nunca.

ROSA. Pobre señor.

LAURA. Es muy afable y muy fino! No, no creas que es mala conveniencia.

ROSA. Pues, señorita, la ocasion la pintan calva!

LAURA. ¡Horror!

ROSA. Contento se habrá ido el señorito Arturo.

LAURA. Sí, con su caja de Pandora debajo del brazo!... Él volverá.

ESCENA X.

LAURA, ROSA, PABLO.

PABLO. (Derecha.) Señora Marquesa, ahí han venido unas señoritas de visita.

LAURA. Hoy no me dejan en paz.

PABLO. En la sala están.

LAURA. Rosa, dí que allá voy. (Váse izquierda Rosa.)

ESCENA XI.

LAURA, PABLO.

PABLO. Tambien están ahí los criados de la señora de Ezpuru por la maceta de la Manólia. Señorita, con llevarse esta flor me arrancan á mí, una alita del corazon.

LAURA. Es hermosísima.

PABLO. Digna del jardin de un rey.

LAURA. No te apures, que á buenas manos vá y ya la cuidarán.

PABLO. (Asomándose á la derecha.) Vamos, carguen ustedes con esto. (Salen dos criados, cogen la maceta de la Magnólia y se la llevan.)

LAURA. Cuidado.

PABLO. La maceta siempre derecha; mucho tiento pues si se quiebra el tallo de la flor, yo me entenderé con el asesino. (Vánse los criados con la maceta.)

LAURA. (Á Pablo.) Tú, pon ahora, en ese lugar otra maceta cualquiera. Hace hoy un dia de calor... (Váse izquierda.)

ESCENA XII.

PABLO, despues ARTURO.

PABLO. Ya, ya, Agosto bien se explica. (Trae una maceta de jazmines del fondo y la coloca en lugar de la que se llevaron.) Esta planta se llama *Jaminus*, que en francés quiere decir *Jazmines*. Á la señora le gusta mucho su olor. Ea, ya está listo. Vamos abajo. (Va á salir y se encuentra con Arturo que viene sin sobretodo.)

ART. (Me he dado un baño de impresion. No he hecho mas que entrar y salir. Desde que tengo dinero no me hallo bien en ninguna parte.)

PABLO. Veo que el señorito sigue mejor, me alegro y me alegro!

ART. Dale! (Empeñada esta gente en que yo me he roto hoy, la cabeza y ha sido mi primo.) Sabes que has hecho en la ria un baño magnífico?

PABLO. Toma; se baña en él mucha gente y niñas bonitas.

ART. Á la sombra de un corpulento castaño. Está muy poético. De allí vengo yo; casi en tu misma casa me he vestido y me he desnudado, de prisa... de prisa... (Mirando al sitio del tiesto de los jazmines, alterado.) (¿Qué es esto?)

PABLO. Con permiso, señorito. (Yéndose.)

ART. Oye.

PABLO. Diga.

ART. Díme. (¡Ya siento escalofrios!) ¿Qué me cuentas de las flores?

PABLO. Que van creciendo, creciendo!...

ART. (Menguando digo yo.) De pocos dias á esta parte advierto ciertos cambios...

PABLO. Sí, señor, está el tiempo muy desigual; hoy sale el sol y mañana llovizna. Pues mire usted, esa agüilla es una bendicion para el campo...

ART. Y para las flores.

PABLO. Claro está. Vamos á tener una cosecha de manzana...

ART. Pero las flores. ¡Oh! Por curiosidad, dime, Pablito ¿qué habeis hecho de las macetas que habia ahí?

PABLO. Esas son.

ART. No.

PABLO. Menos una, menos una.

ART. Pues bien, esa una...

PABLO. Esa...

ESCENA XIII.

DICHOS, LAURA.

LAURA. (Con un libro en la mano.) Pablo, á tu obligacion. (Váse Pablo por la derecha.)

ART. (Irritado.) (¡Qué oportunidad!)

LAURA. Buenos dias, primito.

ART. (Sin quitar la vista de la maceta.) (Me viene con ironía, pues ni la hablo ni la pregunto nada... Así se lleven los diablos ese funesto dinero que me está dando mas que sentir que!...)

LAURA. Estás mejor?

ART. (¡Otra!) (Pausa. Laura se sienta y abre el libro.) (Pues no se sienta ahora.)

LAURA. (Recalcando.) Te he preguntado si estabas mejor y no me has contestado.

ART. No estoy mejor. Me duele un dedo.

LAURA. ¡Pobrecito! (Lee. Pausa. Arturo reconoce el sitio donde estuvo la Magnólia y la busca.)

ART. Estás hoy muy aplicada.

LAURA. Ya ves.

ART. ¿Qué libro es ese?

LAURA. *La perfecta casada.*

ART. De fray Luis de Leon. Le conozco: todas las mujeres debian saberle de memoria. El otro dia le hojeé en casa de las de Morales.

LAURA. Aquí han estado un momento; ellas me le han traido.

ART. Son unas muchachas modelos. Irene y Rosario.

LAURA. Eso dicen.

ART. Muy bien educadas y muy listas.

LAURA. Algo redichas.

ART. ¡Lo que vale Irene! ¡Que talento tan claro! Que buenos sentimientos y que guapa! Angelical! angelical!

LAURA. (Picada.) Mucho te entusiasmas. (Por eso en cuanto me ha visto me ha preguntado por él.)

ART. Se dedica á practicar las máximas de ese libro. Recuerdo un capítulo que me leyó. Trae. (Toma el libro y busca un capítulo.) Lee aquí.

LAURA. (Leyendo.) «Tenga valor la mujer y plantará viña; ame »el trabajo y acrescentará su casa; ponga las manos en »lo que es propio de su oficio y no se desprecie de él, y »crescerán sus riquezas. Tres cosas le pide aquí, Salo»mon. Que sea trabajadora lo primero, y lo segundo »que vele, y lo tercero que hile.»

ART. Ya ves si son ricas; pues Irene se ha propuesto no dejar mal á Salomon, y siempre está trabajando y velando!...

LAURA. ¿Y no hila? (Rie.)

ART. No; pero ya hilará si á mí se me antoja.

LAURA. (Dejando el libro y reprimiéndose.) ¿Conque esas tenemos?

ART. Esas.

LAURA. ¡Me alegro mucho!

ART. ¿Á qué ha de aspirar la mujer, sino á casarse?

LAURA. Mire usted la mosquita muerta. (Por eso le ha nombrado tantas veces!)

ART. En esa casa entra un novio, con buen fin, por supuesto, y no se le exige que haga profesion de rico, ni que para pretender á cualquiera de las niñas, tenga que hacer depósito forzoso, en metálico ni en otros valores, segun la ley de contratacion.

LAURA. Vamos, esa casa es una ganga para los pollos modestos. (Exaltándose por grados.)

ART. (Id.) Sí señor; por eso pienso yo aprovecharme de ella.

LAURA. Ya he dicho á usted que lo celebro. (Se levanta.)

ART. Y yo la doy á usted las gracias.

LAURA. No hay de qué.

ART. Mandar...

LAURA. Buena ganga se le prepara á Irenita!

ART. Mayor lo seria el Brigadier Ramplon!

LAURA. ¿Qué tiene usted que decir de ese caballero?

ART. ¿Yo? ¿Qué he de decir de un cosechero de zumo de manzana, que coge dos docenas de granos de maiz, y que por contera tiene una espada envainada? Nada.

LAURA. En cambio, qué va á coger Irene, la perfecta casada?

ART. (Con intencion) No la faltarán unos miles de francos de dote.

LAURA. (Id.) ¿Se los vas á llevar tú?

ART. Se los voy á llevar yo!...

LAURA. ¿Y dónde están?

ART. (Cortado y mirando al lugar de la maceta.) (Eso digo yo, ¿adónde están?) Ella será una mujer de su casa; arre-

glada y cuidadosa de que se hallen las cosas en su sitio. Ella dirá: «Lo que aquí puse quieto se está.» Y no que otras...

LAURA. ¿Qué otras son esas? (Enojada.) ¿Á quién aludes?

ART. Francamente, á tí.

LAURA. Eso ya es ofenderme. (Sentida.)

ART. (Cambiando.) No, no, Laurita, no te ofendo, mujer; no seas suceptible, pero mira...

LAURA. Me haces muy poco favor. Como no tengo un marido que vuelva por mí!...

ART. Escucha, Laura... ¿no eres tú, aficionada á las flores? ¿No tienes delirio por las flores?...

LAURA. Pues eso te probará la pureza de mis sentimientos.

ART. Bien, sí, pero dime?...

LAURA. Dices que la de Morales trabaja y vela. ¿Pues no es trabajar y velar levantarse á las siete para regar las francesillas y...

ART. Y la Magnólia grandiflora.

LAURA. No, la Magnólia no. Las francesillas y los pensamientos ingleses.

ART. Francesillas y pensamientos ingleses! Laura, por Dios, que estamos en España, no te extranjerices. Yo tengo un pensamiento inglés mejor que esos.

LAURA. ¿Cuál?

ART. La devolucion de Gibraltar.

LAURA. Ese no es pensamiento inglés, sino español.

ART. Pero la Magnólia grandiflora!... Esa, esa sí que es una flor! Ah, qué flor! ¿Y no la veo por aquí? ¿Tú tenias un hermoso ejemplar?

LAURA. ¡Hermosísimo! Esbelto, hojas grandes como la nieve! Sabe Dios lo que será de él!...

ART. (Agitado.) ¿Cómo? ¿Qué le ha pasado á mi Magnólia? Á la que estaba ahí?

LAURA. Se la han llevado.

ART. ¿Cuándo?

LAURA. Esta mañana.

ART. (Con ansiedad.) ¿Á dónde?

LAURA. Á casa de la señora de Ezpuru, que la iba á trasplantar hoy.

ART. ¡Qué atrocidad! ¿Y se han llevado tambien la maceta?

LAURA. Tambien. (Cosa extraña.)

ART. (Furioso y alzando la voz.) ¡Maldicion!

LAURA. Arturo, ¿te pones malo?

ART. ¡Aparta, aparta!

LAURA. (¡Qué ojos de loco!)

ART. ¡Me has muerto!

LAURA. ¡Ay, Jesús! Parece que te ha mordido un perro rabioso

ART. (Recordando.) Sí, sí, tengo hidrofobia. Quita, quita, que te voy á morder. (Laura se retira, él se pone el sombrero y huye derecha.) ¡No me faltaba más que rabiar!

ESCENA XIV.

LAURA.

¡Cómo se ha puesto! ¿Pero qué misterio hay aquí? Algo de extraordinario le sucede. Esa cabeza no está en caja. Tener él, valor para decirme que pretende á la de Morales: alabarla con ese descaro!... y luego ese arrebato cuando ha sabido que se habian llevado la Magnólia. No sé que pensar. Será menester poner ahí otra flor igual, si tanto le agradan; pero como nunca le he oido hablar con ese entusiasmo de las flores, me causa tanta sorpresa como el oirle hablar de las mujeres.

ESCENA XV.

LAURA, ROSA.

ROSA. Señorita, estaba á la puerta del jardin y un criado acaba de entregarme para usted, esta carta con este regalo de la señora de Ezpuru. (La da una carta que acompaña á una caja envuelta en un papel blanco.)

LAURA. Qué tonterías tiene Cármen. Es tan expresiva, la conozco bien, que no habrá querido que se pase el dia,

sin enviarme un obsequio por la maceta que la he mandado.

ROSA. Será alguna joya. Á ver, á ver? (Mirando la caja que tiene en la mano sin atreverse á descubrirla.)

LAURA. ¿Quién sabe? Ella las tiene abundantes; pero no, la cosa no merece tanto. Sería darla más valor que el que realmente tiene, á pesar de que para ella, como para mí, las flores son oro! (Abre la carta.) Dice así: (Lee.) «Mi buena »Marquesa: el precioso obsequio de usted es digno de mi »sincera gratitud y bien merece...» (Interrumpiéndose satisfecha.) Cuánta amabilidad. No merece nada. (Lee.) «Que »yo le satisfaga oportunamente con otro. La flor ha sido »trasplantada en mi estufa con toda felicidad. (Sigue leyendo friamente.) Y al remover la tierra de la maceta, mi »jardinero ha encontrado entre ella, la caja cerrada y »misteriosa que adjunta le devuelvo, sintiendo no ha- »ber podido evitar su deterioro; pues como verá usted, »el genio del amor, que en su tapa se halla pintado, ha »perdido, el pobrecito, la aljaba y la flecha. De usted ver- »dadera amiga, Cármen de Ezpuru.» (Declamando.) ¿Qué caja es esta y qué amor y qué flecha?

ROSA. (Entregándosela.) Vaya usted á saber.

LAURA. (Desenvolviéndola.) Mi caja; la que te dí para el señorito Arturo. ¿De este modo se la has entregado?...

ROSA. Señorita, se la dí.

LAURA. (Cada vez más enojada.) ¿Cómo es posible?... Esto es un abuso de confianza!...

ROSA. Se la dí, se la dí, señorita; créalo usted, y el señorito la habrá guardado.

LAURA. ¿En la maceta?

ROSA. Digo yo.

LAURA. Es posible. Por eso preguntaba por la Magnólia y ha hecho esa ridícula comedia. Á esto se reducen aquellos aspavientos. (Imitándole furiosa.) «Maldicion! Quita! quita! Me has muerto!» Y todo por una puerilidad; por la simpleza de haber enterrado mi caja en la maceta. Arturo es un niño! Dichosas cartas! No le darán mas dis-

gustos, ni á mí tampoco. ¿No queria sepultarlas? (Dirigiéndose rápidamente, al mirador.)

ROSA. Señorita, ¿qué va usted á hacer con el amor?

LAURA. Tirarle al mar. ¡Allá va! (Arroja la caja.) Se hundió. Sublime amor. ¡Dios le haya perdonado! De ahí no le sacará ningun jardinero. Este Arturo, cuantos sinsabores no me ha ocasionado hoy.

ROSA. Él no tiene la culpa...

LAURA. Sí.

ROSA. Á veces una...

LAURA. Silencio, bachillera!

ROSA. Ya callo, pero...

LAURA. Retírese usted.

ROSA. Yo...

LAURA. Quiero estar sola. ¡Vamos!

ROSA. Voy. (Váse izquierda.)

ESCENA XVI.

LAURA, despues ARTURO.

LAURA. ¿Qué dia es hoy? Viernes. Ya lo habia yo presumido. (Se pasea agitada.)

ART. (Entrando por la derecha cómicamente y sin poder hablar apenas.) Laura, Laura.

LAURA. ¿Á qué vuelves, dí?

ART. ¡Pues no podria volver!

LAURA. Hijo, estás hoy insufrible!

ART. Estoy chiflado!

LAURA. Representas á las mil maravillas la escena de don Quijote con los molinos de viento!

ART. ¿Dónde está el tiesto?

LAURA. ¿Aquel?... Allá.

ART. Bien, sí, pero ¿y la cajita que contenia y que te han devuelto?

LAURA. Aquella cajita...

ART. ¿Adónde está?

LAURA. (Con sarcasmo.) ¡Voló!

ART. Prima, déjate de bromas y dame la caja... (¡Maldito sea el dinero!)

LAURA. (Riendo.) Está visto, le falta un tornillo!

ART. Infeliz, lo que me falta es otra cosa. Dime, dónde está?

LAURA. (Formalizándose.) Pues bien, esa caja que ha estado yendo y viniendo; que ha sido objeto de mofa, y con la cual tú has hecho el oso...

ART. ¿Qué?

LAURA. Acabo de arrojarla al mar.

ART. (Sin darla crédito.) ¿Al mar? Cá, no, no lo creo. No, no puede ser!

LAURA. Lo que oyes: no pienses más en ella.

ART. (Asustado y yendo al mirador.) Favor! Socorro! Pablo! Pablo!

LAURA. (Asustada.) Arturo!...

ART. Desdichada... En esa caja habia metido, esta mañana, una fortuna... Cincuenta billetes de á mil francos, nada menos!...

LAURA. ¿Tú cincuenta mil francos?

ART. Sí, (Bajando la voz.) que gané anoche á la ruleta!

LAURA. ¿Que ganaste? ¿Será cierto? (Con mezcla de alegría y desesperacion.)

ART. ¿No lo conoces en mi desesperacion?

LAURA. ¿Y por qué lo has ganado?...

ART. ¡Qué pregunta!

LAURA. ¿Y por qué no me lo has dicho, Arturito?

ART. (Confuso.) Pablo! Lucas!

LAURA. (De un lado para otro.) Rosa, Rosa!

ART. Rosita!

LAURA. Lucas! Inés! Anastasia! (Irritada consigo misma.) Torpe! Torpe! Tonta! Tonta!

ESCENA XVII.

DICHOS, PABLO, ROSA.

PABLO. Señorita, ¿qué pasa?

ART. Una red para echarla en la ria!

LAURA. No, un buzo. ¿Eres buzo?
ROSA. ¡Qué gritos!...
ART. (Á Rosa sin fijarse.) Te vas á tirar á la ria ahora mismo.
ROSA. ¿Yo? Está lloviendo!...
LAURA. Se me ha caido una caja con...
ART. (Á Pablo.) Con documentos importantes. Corre!...
LAURA. Anda, pronto!
PABLO. (Corriendo.) ¡Al agua, patos! (Váse por la izquierda: Laura, Arturo y Rosa corren al mirador.)

ESCENA XVIII.

LAURA, ARTURO, ROSA, despues PABLO.

LAURA. Allí, allí cayó!
ROSA. ¿Quién la encuentra?
ART. Una onza al que saque la caja! (Y no es mucho: cuando digo que ya soy avaro.)
LAURA. Anda, Pablo!
ROSA. Ya vá, ya vá!
ART. ¡Al fondo!
LAURA. Ya cayó. Si ahora se ahoga!
ROSA. Cá, señorita: son peces.
ART. ¡Ya sale, ya sale!
LAURA. ¡Y la saca!
ART. ¡Arriba, arriba!
ROSA. La tal cajita, pica en historia.
LAURA. ¡Jesús! ¡qué ansiedad!
ART. (Tenga usted dinero! Tenga usted codicia!)
PABLO. (Mojado.) ¡Aquí está la caja!
LAURA. / ART. / ROSA. (Con gran ansiedad.) ¿Á ver?
PABLO. ¡Vacia! (La enseña abierta.)
ART. (Desesperado.) ¡Me alegro! ¡Me está bien empleado! (Cae abrumado, en una silla.)
LAURA. (¡Cincuenta mil francos perdidos!) ¡Yo me ahogo! (Cae

en otra silla, como desmayada. Rosa acude á socorrerlos, sin saber á cual atender.)

PABLO. (Á Rosa.) ¿Pero qué tenia esa caja?

ROSA. Las cartas del señorito.

PABLO. ¡Bah! ¡Papeles mojados! (Sale por la izquierda. Rosa acude á los dos. Telon rápido.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

ROSA, sentada, cosiendo un vestido de percal.

Vamos, señor, ¿se habrá visto cosa más extraña? Esta casa no la conocerá nadie; ha entrado en ella una revolucion... Ayer divertirse, gastar y triunfar; la señorita de bailes y de conciertos; trajes por acá, adornos por allá, etc., etc.; yo, mano sobre mano como mujer de escribano; ella pescando, cazando y cuidando las flores, y los criados haciendo que hacemos y no hacemos nada, y hoy todo al revés. En fin, como andará la cosa cuando yo estoy cosiendo hace una hora, un mal vestido de percal y me he dado mas pinchazos! Esto no conviene. ¿Estamos en casa de la marquesa de Belflor, ó no?

ESCENA II.

ROSA, LAURA, izquierda.

LAURA. (Vestida con sencillez, de percal y sin pendientes.) Rosa, como va esa obra?

ROSA. Ay, qué condenacion, señorita; como no estoy acostumbrada á coser...

LAURA. Pues es necesario acostumbrarse.

ROSA. El caso es que hoy no he limpiado su tocador de usted por atender á esta labor.

LAURA. Mi tocador le he barrido y le he limpiado yo.

ROSA. (Levantándose asombrada.) Usted, señorita? Barrer usted? Barrer una Marquesa?

LAURA. Sí señora, una marquesa, y á mucho honor tengo yo en coger la escoba.

ROSA. ¡Qué horror! (¡Qué cambiada está mi señorita!)

LAURA. Ya es hora de que entre, en esta casa, la reflexion. Bastante tiempo hemos perdido en necedades.

ROSA. Trabajar sí que es necedad.

LAURA. Calla. Como se conoce que no has leido cierto libro...

ROSA. Por eso le habrá dado á mi señorita la manía de vestirse de percal, etcétera, etcétera. (Fijándose.) Ay, señorita, se la ha olvidado á usted hoy ponerse los pendientes.

LAURA. Los he suprimido.

ROSA. Ah! Pues tampoco se ha dado usted polvos?

LAURA. Los he suprimido tambien.

ROSA. Ah! Y ni un adorno, ni nada?...

LAURA. Suprimidos los adornos. ¿No te he dicho ántes, que aquí todo ha cambiado?

ROSA. (Suspirando.) Ya, yá!

LAURA. Si no soy rica, ¿á qué aparentar lo contrario?...

ROSA. Vamos, señorita, que me están dando ganas...

LAURA. ¿De qué?

ROSA. De darla á usted dos cuartos.

LAURA. Qué cosas tienes, Rosa! No es para tanto. ¿Conque dime, Pablo lo reconoció bien todo, y nada?...

ROSA. Hasta ha segado las zarzas que habia á orillas de la ria, pero en balde, nada pareció.

LAURA. ¡Qué desgracia!...

ROSA. ¿Cuál?

LAURA. Una que á tí no te importa. Mira, recoge ese vestido y vé á plancharme los que están allí.

ROSA. ¿Mas vestidos de percal?
LAURA. Sí, no pienso ponerme otros.
ROSA. (Yéndose á la izquierda con la labor.) (Vamos, yo me vuelvo tonta.)

ESCENA III.

LAURA, PABLO.

LAURA. Es menester dar otros ejemplos á estas gentes que nos rodean... ¿Qué traes, Pablo?
PABLO. (Derecha, con el sobretodo de Arturo.) Ahí ha llegado Cosme, de parte del señorito Arturo, con un recado más particular... (Riendo.) Jé, jé! Todavía me estoy riendo.
LAURA. ¿Qué recado?
PABLO. Pues nada. Cosme me dijo: «De parte del señorito, que cómo sigue el perro, ó si tiene algo el perro, ó si le sucede algo al perro, á Fogon.» Y yo respondí. Qué le ha de suceder? Dile al señorito que sigue sin novedad, y que hace poco, le eché de mi cuarto por...
LAURA. Sería una broma.
PABLO. Bromas, bromas; cá, señorita. Á su primo de usted le pasan unas cosas tan raras! Andaba esta mañanita, por esos cerrillos con un quitasol debajo del brazo buscando una yerba, segun me dijeron.
LAURA. ¿Para qué?
PABLO. Qué sé yo, para medicinarse.
LAURA. Está enfermo, ¿ó tendremos otra mentira como la del caballo?
PABLO. Muy bueno no debe de estar cuando dicen que habla solo.
LAURA. (Con interés.) ¿De veras?
PABLO. Toma, mi Anastasia venia ántes, de por agua, con sus siete chicos detrás, le vieron debajo de un manzano y le oyeron que decia: «Todo lo que sucede debe suceder!» «¡Castigo de Dios!» Y en seguida se envolvió, con yerbas, la mano derecha.
LAURA. Esos son cuentos.

PABLO. Cuentos; cuentos serán, señorita; pero lo que no es cuento es haberse dejado este gaban en el establo, colgado en la estaca de los collares de los bueyes. Yo no me acordé de dársele á Cosme, y aquí le subo, no se rompa ó se pierda, porque creo que en el bolsillo tiene algo.

LAURA. Bien, déjale ahí. (Le deja en una silla.)

PABLO. Con permiso, señorita. (Váse por la derecha.)

ESCENA IV.

LAURA.

Un muchacho feliz que se ha vuelto desgraciado en veinticuatro horas. (Fijándose en el gaban.) Ni se acuerda de lo que hace, ni donde deja las cosas. ¿Á ver qué tiene en los bolsillos? (Toca y saca la cartera.) Una cartera que parece roida por los ratones. Y abulta. (La abre.) ¿Que es esto? Aquí hay un paquete de billetes de Banco! Sí, billetes son! billetes! (Se sienta y los cuenta deprisa.) Uno, dos, tres, diez, veinte, treinta, treinta y nueve, cuarenta y uno, cincuenta. ¡Dios mio, son los cincuenta billetes de á mil francos, que creia perdidos! No hay duda. (Bajando la voz.) ¡Siento un estremecimiento!... (Volviendo la cabeza de repente.) Nadie; no me ve nadie... (Alegre.) ¡Ay Arturo! ¡Arturito del alma, que deseos tengo de verte! Mañana doy un baile; voy á decir á Rosa que guarde los vestidos de percal. (Pensativa.) No, eso no; antes debo sorprenderle, pero con prudencia, porque yo no me encuentro bien con el alegron! ¿Qué hago? Guardo el gaban. (Le deja en la habitacion derecha.) Tomo la consabida caja; (La toma de encima del velador.) meto en ella los billetes y... ¡Qué idea! La sepulto en la maceta de la Magnólia que ha sustituido á la que llevaron, y que por cierto está menos lucida. Está á mano el escardillo. Ahora nadie tocará aquí. (Ha enterrado la caja, cubriéndola de tierra.) Ya está. Lo demas que pienso hace merece capítulo aparte.

ESCENA V.

LAURA, ROSA.

ROSA. Señorita.

LAURA. (Volviéndose sobresaltada de repente y tapando la maceta.) ¿Qué?

ROSA. El Brigadier viene por lo alto del camino.

LAURA. (¡Jesús! ¡Estoy tan asustada!) Pues mira, sales luégo á la verja y le dices que estoy algo mala y que no recibo.

ROSA. Pero si se está usted aquí, es fácil que la vea desde fuera, (Señalando izquierda primer término.) ó que la oiga hablar.

LAURA. No, me ocultaré.

ROSA. Hoy como está usted así, triste, etcétera, etcétea, no quiere usted visitas.

LAURA. ¿Triste yo? (Satisfecha.) Te equivocas. No guardes el traje azul de baile hasta que yo te lo diga. (Váse izquierda.)

ESCENA VI.

ROSA, PABLO.

PABLO. El señor de Ramplon venia por ese camino sudando la gota gorda, se ha sentado, ha sacado su petaca de plata y su fosforera de plata y está echando un cigarro; tanta plata unos, y otros no tenemos siquiera veinte duros para una barca.

ROSA. Tanto va usted rebajando, que va usted á querer hacerla por veinte reales.

PABLO. El señorito me la podria costear, pero anda con unos tapujos.

ROSA. ¿Qué tapujos?

PABLO. Á mí me consta que ha tenido una entrada regular; por no sé qué conducto.

ROSA. ¿Usted qué sabe?

PABLO. Y lo saben muchos, que es lo peor. Se habla por ahí bastante de ello. Como estos valles son tan chiquitos,

en sonando una peseta retumba al momento.

ROSA. Voy á despedir al Brigadier y usted á trabajar; ya sabe usted la órden. (*Váse lateral derecha.*)

ESCENA VII.

PABLO.

Trabajaremos en el oficio. Vamos á ver como andan estas plantas. Esta flor que me han hecho colocar aquí es un descrédito para la casa. Mire usted qué aparejo! pequeña y nace torcída!... Bien se conoce que no fuí yo quien la plantó, pero esto tiene remedio. En cuanto yo, ponga aquí las manos. (*Cava con el escardillo para arreglar la Magnólia.*) ¡Canario! He dado en madera. Aquí hay algun cuerpo extraño; toma!... una caja... ¡La caja, la caja!... Pero hombre, esta caja que anda jugando al escondite!... Ya se la han quitado á la señorita; voy á llevársela. La tierra queda como si tal cosa. (*Vá hácia la izquierda y aparece derecha Rosa. Pablo al verla, se guarda la caja debajo de la blusa.*)

ROSA. Ya se fué el pobre señor.

PABLO. (Que no se entere esta curiosa. Luégo entregaré yo, el hallazgo.) Ya he concluido por aquí. (*Váse derecha.*)

ESCENA VIII.

ROSA, LAURA.

ROSA. Tambien el señor Pablo parece que hace misterios...

LAURA. (*Izquierda.*) ¿Se fué?

ROSA. Sí señora. Me ha encargado que dijera al señorito Arturo que se alegraba mucho de aquello! ¿Qué será aquello, señorita?

LAURA. No sé qué será. (Parece que han dado cuartos al pregonero!)

ROSA. Pronto lo sabrá usted, porque segun he oido abajo, don Arturo está en casa de las señoritas de Morales, y es natural que despues venga aquí.

LAURA. (Lo natural es que hubiera venido antes.) Vé á coser.

ROSA. Voy, señorita. ¡Cómo hemos cambiado! (Váse izquierda.)

ESCENA IX.

LAURA.

Todo el mundo á trabajar. He hecho propósito firme de la enmienda. (Mirando desde lejos á las magnólias.) Allí está mi tesoro escondido... (Saca una rueca y un huso; se sienta y se pone á hilar.) y aquí mi rueca y mi huso. ¿Cuánto mas bonito y mejor no es este ejercicio que la pesca? Esto es lo que enseña el libro de la *Perfecta casada*. (Pausa: hila con soltura.)

ESCENA X.

LAURA, ARTURO.

ART. (Entrando por la derecha taciturno, con un dedo de la mano entrapado de negro.) (¡Al entrar en esta casa se me encoge el corazon!) Allí veo á mi prima: hilando! ¡Cielos! como diria una comedia.

LAURA. (Haciéndose la distraida.) (Él hablará.)

ART. (Ya me han dicho que ha cambiado.) (Acercándose.) (Lo que es guapa lo está siempre y hoy más!) Laurita, aquí me tienes hace un ratito.

LAURA. Bien venido seas, Arturo. (Sin dejar de hilar.)

ART. ¿Cómo estás?

LAURA. Bien, ¿y tú?

ART. Bien.

LAURA. ¿Encarnacion buena?

ART. Sin novedad.

LAURA. ¿Vienes de casa de las vecinitas?

ART. . Sí, de allí vengo,

LAURA. ¿Y cómo están?

ART. Buenas, muchas gracias. (¡Qué amable!)

LAURA. Las gracias son de ellas.

ART. Bastantes tienen, pero á ninguna la he visto hilar.

LAURA. Lo tendrán á menos.

ART. En cambio tú... Á ver? Levántate; estás vestida de percal! (Laura se levanta hilando.)

LAURA. Un capricho. (Recitando.) «En los vestidos poned tasa »con diligencia, y desechad de vosotras y de ellos las »galas demasiadas.»

ART. ¡Qué bien lo recuerdas! Te encuentro hoy tan sencilla... tan interesante y tan... tan... tan!...

LAURA. (Jovial.) Tan! tan! tan! Son tres golpes para el cuarto tercero.

ART. ¿Conque hilando tú?

LAURA. ¿Qué te extraña? Las mujeres de Roma cuando se casaban, lo primero que encontraban á la puerta de la casa de su marido, era una rueca. La reina Elena hiló. Muchas otras princesas hilaron. Doña Isabel la Católica tambien hiló. Me parece que bien puedo yo hilar. (Hilando de prisa.) Mira, mira qué buena maña me doy.

ART. (Mirándola embebido.) (¡Benditas sean tus manos!)

LAURA. El dia menos pensado te encuentras con una camisa!...

ART. (¡Esta sí que es humildad!) Si vieras, Laurita, qué hermosa me pareces. (Mirándola con atencion.)

LAURA. ¿Sin pendientes?

ART. Si no habia reparado que no tienes pendientes! Esa es demasiada sencillez. Alguna otra cosa que has suprimido, vaya; tú no lo necesitas!

LAURA. (Recitando.) «La mujer con el marido...»

ART. ¿Con cuál?

LAURA. No me interrumpas; con el marido de que habla el librito: «Ha de andar sencilla y sin engaño...»

ART. Es verdad.

LAURA. «Así en el rostro y en los aderezos de él, ha de ser pura y sin afeite.»

ART. Mira, Laurita, deja ya de hilar, que no me corre prisa la camisa. Hablemos de...

LAURA. (Que ha dejado la rueca.) ¿De qué?

ART. De tu perrito.

LAURA. (Riendo.) Cuánto te interesa de poco tiempo á esta par-

te. Ya sé que has mandado á preguntar por él.

ART. Sí, ese animalito... (¡Como le pille!) Tiene... tiene ángel. Y si le sucediera algo!... (Con rabia.) Si rabiara, era yo capaz de rabiar tambien! Pero no rabiará. ¿Verdad, primita?

LAURA. Qué ha de rabiar Faon.

ART. Bueno, bueno. (¡Me tranquiliza!) Está mi espíritu que!... Y no es por la pérdida de... sino por!... Lo que es el dinero y el juego les aborrezco para siempre! Era muy confortable verse uno de repente, con unos miles de duros... pero en fin... lo que sucede debe suceder.

LAURA. De modo que si yo te dijera: Arturo, tus billetes han parecido! ¿Qué contestarias?

ART. (Con excesiva alegría.) ¿Yo? ¡Eso! ¡Todo lo que sucede debe de suceder!... Pero es broma. Tú estás hoy, muy bromista. Demasiado sé yo que esos preciosos papelitos están entre el cieno de la ria.

LAURA. (Se lo voy á decir.) Pues no, Arturo. ¡Abre tu pecho á la alegría!

LAURA. (Desabrochándose la levita, contento.) ¿Sí?...

LAURA. Gracias á tu atolondramiento, lo que encerraste en la caja fueron las cartas, y los billetes quedaron en la cartera, y la cartera olvidada en tu saco, y el saco olvidado en...

ART. Voy por él.

LAURA. Tente. Le tengo yo, con el contenido!

ART. (Bailando sin notarlo.) Tú me engañas, tú me engañas. No seas cruel!...

LAURA. No te engaño, no!

ART. Pues venga, venga esa cartera!

LAURA. No puede ser; tienes que darme el hallazgo.

ART. Ahora mismo. Una tercera parte, dos terceras partes. Pide, pide... pero por Dios, trae la cartera.

LAURA. Está escuchando la conversacion!

ART. ¿Oculta? cuidado; no juguemos!...

LAURA. Calla, inocente. ¿Crees que yo soy tan confiada como tú? Lo que yo guardo!...

ART. Dónde, dónde?... Si vieras qué pelotazos me está pegando el corazon!...

LAURA. Tienes que adivinarlo.

ART. Este es el suplicio de Tántalo.

LAURA. En castigo, lo vas á acertar al piano.

ART. Tiene gracia la idea!

LAURA. Mucho oido y mucha atencion. Ello anda por ahí: échate á buscarlo. (Se sienta al piano y toca un vals suave ó fuerte, segun Arturo se acerca ó no á la maceta de la Magnólia.)

ART. ¿Dónde estará?... Dónde? Fuerte? Por aquí no es. Por allá... ¡Cómo aprietas!... Por aquí... No. Por acá... No no. Tampoco... Por aquí... ménos! (Ah! Esa magnólia!) (Se va acercando á ella. Piano suave) (No creo que haya enterrado la cartera. Estará detrás.) (Piano fuerte.) ¡Caramba, qué torpe estoy! (Coge el escardillo, y caba en la maceta desaforadamente: el piano se oye cada vez ménos, hasta que Arturo arranca la planta y saca toda la tierra.)

LAURA. Eres listo, Arturo, pero te desconozco!

ART. ¡Nada! Aquí no hay nada más que tierra!

LAURA. (Dejando de tocar y levantándose apresurada.) Es imposible Ahí está la caja con la cartera!...

ART. ¡Ilusiones!...

LAURA. (Mirando.) No está! Me han robado!

ART. (Gritando.) Ladrones, ladrones!...

LAURA. No, no grites, que es peor!...

ART. ¡Ir hasta ahí danzando para esto!

LAURA. ¡Somos muy desgraciados!

ART. ¿Por qué no queria yo jugar, ni á la lotería? Y ahora pregunto yo; ¿los que tienen dinero y no lo pierden, dónde lo ocultan?

LAURA. (Desde el mirador, llamando.) Pablo!...

ART. (Id.) Pablo!...

ESCENA XI.

LAURA, ARTURO, PABLO.

LAURA. ¿Dónde estás que no acudes?

PABLO. Como he oido gritar ladrones lo tomé á bulla. ¿Ladrones aquí?...

ART. Sí señor, aquí!...

LAURA. ¡Se ha robado una caja!

PABLO. ¿Cuál?

ART. Aquella que cayó al agua.

LAURA. Sí, la caja de los males!

ART. ¡La caja de Pandora!

PABLO. Toma, y yo que creia que era de la señorita. No hay que asustarse. Pueden ustedes decir á esa doña Pandorga que la caja...

LAURA. ¿Qué?

PABLO. La tengo yo.

LAURA. ¿Y la has abierto?

PABLO. ¿Para qué?

ART. Tráela!

LAURA. Al punto!

PABLO. Pues para eso la tenia guardada, para traerla. (Váse por la derecha.)

ESCENA XII.

LAURA, ARTURO, ROSA.

LAURA. Es cosa de reflexionar sobre lo que nos sucede.

ART. Ya verás, ya verás. Ahora va á traer la caja vacía!

LAURA. No me lo digas, Arturo! No me lo digas!...

ROSA. (Izquierda, asustada.) Señorita!

LAURA. (Asustada.) ¿Qué?...

ROSA. He visto desde la ventana de mi cuarto, hombres, así, sospechosos, como que vigilan y que parecen de la policía. etcétera, etcétera.

ART. (Con temor.) ¡Caramba con los etcéteras de esta muchacha!

LAURA. ¿Y qué?

ROSA. Que como se sabe que el señorito tiene tanto dinero!...

ART. ¡Mentira! Yo no tengo un cuarto, ni le quiero!

ROSA. Ello es que parece que buscan á álguien! (Se asoma al mirador.)

LAURA. ¿Se ve algo?
ROSA. (Conteniendo un grito.) ¡Jesús!...
ART. ¿Qué?...
ROSA. ¡Un capitan de la guardia civil! (Laura y Arturo quedan mirándose el uno al otro.)

ESCENA XIII.

LAURA, ARTURO, ROSA, PABLO.

PABLO. (Con la caja.) Señorito, un capitan de la guardia civil!
ART. (¡Esta es la más negra de todas!)
PABLO. Pregunta por usted y dice que no puede irse sin verle.
ART. (Á Laura.) (¡Esto ha sido un soplo!)
LAURA. (¡Un soplo!) (Á Pablo.) Haber dicho que no estaba en casa.
PABLO. Lo sabia él. Parece que está enterado de todo. Esta caja!... (Se la da á Arturo y éste á Laura, ésta se la va á dar á Rosa y la rechaza, y Laura se la vuelve á Arturo, el cual se la da á Pablo. Todo esto rápidamente.)
LAURA. (Á Pablo.) ¡Guárdatela!
PABLO. ¿Yo?...
ART. (Suplicante.) Hombre, no seas camueso y esconde con disimulo, el cuerpo del delito!
PABLO. (Temblando y ocultando la caja en la blusa.) (¡Canario! ¡Tengo encima el cuerpo del delito!)
ROSA. (Desde el mirador.) ¡Que sube!...
LAURA. (¿Qué va á ser de él?)
ART. (¿Qué va á ser de mí?)
PABLO. (¿Qué va á ser de nosotros!)
ROSA. No entiendo una jota, pero tengo un miedo!... (Mirando á la derecha.) Ya viene. Por aquí, por aquí...
LAURA. (Sí, hermosa, métele en casa!)
ART. (Dinero! Dinero! Toma dinero!) (Se presenta por la derecha un Capitan de la guardia civil, que hace una cortesía y se queda cuadrado.)
LAURA. (¡No sé qué va á pasar aquí!)
PABLO. (Al Capitan.) ¡Yo no tengo nada!

ART. (Sin atreverse á mirar al Capitan.) Yo!... (El Capitan le abre los brazos, él le mira y da un grito de alegría.) ¡Oh!... (Se abrazan y permanecen asi un momento. Lanra, Pablo y Rosa sonrien, sin darse cuenta de lo que pasa. El capitan se descubre y saluda á Laura.)

ART. (Á Laura.) ¡Es mi primo! (Se separa á un lado, hablándole animadamente el Capitan.)

LAURA. (Contenta.) ¡Era su primo!

ROSA. ¡Es su primo!

PABLO. ¡El primo!

ART. (Á Laura.) Y esos hombres que vienen con éste, son... unos hombres!...

LAURA. ¡Eran unos hombres!...

ROSA. ¡Unos hombres!...

PABLO. ¡Eran hombres!...

ART. (Loco de alegría.) ¿Qué me cuentas? (Pausa.) Oye, oye, Marquesa. Este viene de Madrid, de paso para la frontera. Tia Rosalía se casó. ¡Ha pasado á mí la herencia de los seis millones de duros!

PABLO. ¡Seis millones de duros! Ave-María purísima!...

ART. Y me dice que gire inmediatamente á Madrid por las cantidades que necesite. (Alzando la voz y las manos.) ¡Ahora, ahora sí que soy rico!...

ROSA. Con un dedo tapado!...

ART. (¡Qué horrible recuerdo!) ¿Y Faon?

PABLO. Por abajo anda tan listo.

ART. Gracias. (Suspira.) Laurita, tengo que pedirte un favor.

LAURA. Dí.

ART. Soy rico, voy á tener mucho dinero, pero yo no he de tocar ni á un ochavo! Nada! Tú serás mi administradora y me comprarás hasta las cajas de fósforos! ¿Aceptas el cargo?...

LAURA. Acepto.

PABLO. (Con receló,) ¿Puedo sacar la ca?...

LAURA. Venga. (La toma, la abre, saca los cincuenta billetes y se los enseña á Arturo con satisfaccion.) ¡Aquí están los cincuenta mil francos!

PABLO. Cincuenta mil francos!... ¡Ánimas benditas!

ROSA. ¡Ya decia yo! ¿Por qué mete tanta bulla esa condenada caja?

ART. Esos cincuenta mil francos no los quiero! Se distribuirán de este modo: veinte mil á los pobres. Quince mil á Pablo para que compre una barca, y los otros quince mil formarán la dote de Rosa, con la condicion de que ha de cuidar al perro!

PABLO. (Sollozando.) Ay señorito mio, yo no me atrevo con tanto dinero!

ROSA. Ni yo! Da muchos disgustos!

ART. No os apureis; la señorita es buena y os lo administrará.

LAURA. Sí, soy buena... (Enternecida y dando la mano á Arturo.) pero tú eres mejor que yo!

ART. ¿Me perdonas?

LAURA. ¡Te admiro!

PABLO. Señorito, yo le quiero besar la mano!

ART. Besa, besa! (Le va á dar la derecha.) No, la izquierda. (Pablo le besa la mano izquierda.)

ROSA. (Agradecida.) Yo, señorito... etcétera, etcétera!...

LAURA. Ahora vamos á quemar la caja de Pandora!

ART. Sí, y mañana!... (Mirando atentamente é interrogando á Laura.)

LAURA. Mañana tú dispondrás y yo obedeceré!

ART. (Adelantándose al público con Laura.) Laura: la mejor riqueza es la mujer buena.

LAURA. El que la halla, es estimado por dichoso en tenerla, y por virtuoso en haberla merecido!

(Tómanse las manos y cae el telon.)

FIN.

ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.

(Adicion al mismo catálogo.)

TÍTULOS.	Actys.	Prop. que correspond.
o se guisa un conejo....	1	Todo.
a canta................	1	Id.
mochuelo á su olivo...	1	Id.
oche todos los gatos son rdos................	1	Id.
e Pinto y Valdemoro...	1	Id.
n el siglo.............	1	Id.
nar!...................	1	Id.
anónimos...............	1	Id.
ruz de beneficencia.....	1	Id.
at Mater...............	1	Id.
rita, el general........	1	Id.
ecreto entre mujeres....	1	Id.
nfo de la esperanza,,...	2	Id.
onceller y el monarca...	3	Id.
Beltraneja..............	3	Mitad.
o el sordo..............	3	Todo.
Pacífico ó el Dómine irresoluto. (Zarzuela.)........	1	L. y M.

TÍTULOS,	Actos.	Prop. que correspomd.
El aire de una mujer........	1	L. y M.
El hombre es débil..........	1	Id. Id.
Flor de Aragon............	1	Id. Id.
La Correspondencia de España.....................	1	Id. Id.
=Tocar el violon............	1	Música.
Un ensayo de Pepe Hillo....	1	Id.
=¡El Teatro en 1876!!........	2	Id.
Travesuras amorosas.......	2	L. y M.
=Perla. (Zarzuela.)...........	1	Música.
Como llovido del cielo......	3	L. y M.
La perla. (Zarzuela.).......	3	Id. Id.
La internacional...........	1	Todo,
1871-1872, revista.......	1	Id.
La sota de espadas..........	3	L. y M.
Desde el tendido...........	1	Todo.
Necesito un hombre........	1	Id.
Un yerno á pedir de boca...	1	Id.

PUNTOS DE VENTA.

PROVINCIAS. En casa de los comisionados de los señores GULLON É GO, y en las principales librerías.

MADRID. En las librerías de la VIUDA É HIJOS DE CUESTA, y de MOYA ZA, calle de Carretas; de A. DURAN, Carrera de San Gerónimo, y de L. , calle del Cármen.

